



TRU & NELLE

G. Neri

*Novela basada en la amistad de
Truman Capote y Nelle Harper Lee*

numeral

Título original: *Tru & Nelle*
Traducción: Daniela Rocío Taboada
© 2016 G. Neri

© 2016 De la presente edición #numeral
Todos los derechos reservados

Dirección de proyecto: Cristina Alemany
Edición: Erika Wrede
Dirección de arte: Alejandra Bello
Arte de portada: © Sarah Watts
Diseño de portada: Whitney Leader-Picone
Diseño de colección y armado portada: Eduardo Ruiz
Armado interior: Tobías Wainhaus
Fotografías:

Pág. 226: Truman, 8 años. (Fotógrafo desconocido, se publica bajo permiso de The Truman Capote Literary Trust. Imagen perteneciente a los documentos de The Truman Capote en los archivos de NYPL.)

Nelle Harper Lee, Anuario Corolla 1948. (Fotógrafo desconocido, se publica bajo permiso de The W. S. Hoole Special Collections Library, de la Universidad de Alabama.)

Pág. 227: Nelle Harper Lee y Truman Capote en la cocina de Deweys, 1960. (Fotógrafo desconocido, se publica bajo permiso de The Truman Capote Literary Trust. Imagen perteneciente a los documentos de The Truman Capote en los archivos de NYPL.)

Prohibidas, en virtud de los límites establecidos por las leyes, la reproducción/copia total o parcial de esta obra, transmisión por medios electrónicos, fotocopias o cualquier otro medio online o impreso de la misma, como cualquier cesión, sin expresa autorización escrita del editor.

#numeral
Av. Córdoba 744 4° H CABA - (1054) República Argentina
5411 5353 0831 - info@editorialnumeral.com.ar

ISBN 978-987-4085-01-6

Impreso en Argentina
Primera edición: Agosto de 2016

Neri, G.

Tru & Nelle: novela basada en la amistad de Truman Capote y Nelle Harper Lee / G. Neri; editado por Cristina Alemany - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Numeral, 2016.

240 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-4085-01-6

I. Cuentos de Aventuras. I. Alemany, Cristina, ed. II. Taboada, Daniela Rocío, trad. III. Título.

CDD 813

PARA EDWARD

El arte es una mentira que dice la verdad.

PICASSO



I

UN CASO DE CONFUSIÓN DE IDENTIDAD

Monroeville, Alabama. Verano, durante la Gran Depresión

CUANDO TRUMAN VIO POR PRIMERA VEZ A NELLE, pensó que era un niño. Lo estaba mirando como un gato, sentada sobre el muro de piedra torcido que separaba sus caserones de madera. Descalza, vestida con un overol y con un corte de cabello varonil, Nelle parecía tener su misma edad, pero a Truman le resultaba difícil saber si estaba en lo cierto; intentaba evitar su mirada, fingiendo que estaba leyendo su libro.

–Oye, tú –dijo ella al fin.

Truman levantó la vista de las páginas. Estaba sentado en silencio en una silla de mimbre sobre el porche lateral de la casa de sus primos, vestido con un pequeño traje blanco de marinero.

–¿Estás... hablándome a mí? –preguntó en un tono agudo y bajo.

–Ven aquí –ordenó ella.

Truman aplastó el remolino de su cabello y miró hacia el otro lado del porche, donde estaba la ventana de la cocina. Allí dentro, Sook, su anciana prima segunda (muy lejana), estaba preparando su medicina secreta para curar el reumatismo. Habitualmente, Sook lo vigilaba de cerca, pero en ese momento, estaba tarareando una canción en su cabeza, perdida en sus pensamientos.

Abandonó el porche porque le daba curiosidad saber quién era ese niño pequeño. No había hecho ningún amigo desde su llegada a la casa de sus primos, hacía dos semanas. Era el inicio del verano y ansiaba jugar con los chicos que vio dirigirse al pozo para nadar. Así que enderezó su pequeño traje blanco y comenzó a caminar con lentitud, dejando atrás las celosías con enredaderas de glicinas y las camelias, hasta llegar al muro de piedra.

Truman estaba desconcertado. Arrugó su rostro; el cabello corto de Nelle y el overol lo habían confundido.

—¿Eres una... niña?

Nelle lo miró más fijo que antes. La voz aguda de Truman, el cabello rubio platinado y el traje de marinero también la desconcertaron a ella.

—¿Tú eres un *niño*? —preguntó, incrédula.

—Pues, por supuesto, tontita.

—Pfff —Nelle bajó del muro de un salto y aterrizó frente a él; le llevaba una cabeza—. ¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Siete.

—Hueles raro —dijo, como si fuera un hecho.

Él olisqueó su muñeca mientras mantenía los ojos clavados en ella.

—Eso se debe a un jabón perfumado que mi madre me trajo de Nueva Orleans. ¿Cuántos años tienes *tú*?

—Seis —observó la coronilla de la cabeza de Tru y luego colocó su mano sobre ella, aplastando su remolino—. ¿Cómo puede ser que seas tan enano?

Truman se alejó de su mano.

—No lo sé... ¿Cómo puede ser que seas tan... fea?

Nelle le dio un empujón, y él y su libro cayeron al suelo.

—¡Ey! —gritó Truman, con el rostro color rojo intenso. Su querido atuendo ahora estaba sucio. Hirviendo de furia, movió hacia adelante la mandíbula inferior (a la que le faltaban dos dientes) y la miró con el ceño fruncido—. No deberías haber hecho eso.

Ella sonrió, divertida.

–Te pareces a uno de esos *bulldogs* que tiene el sheriff.

Truman hizo que su mandíbula retomara la posición habitual.

–Y tú te pareces a...

–¿Qué rayos tienes puesto? –le preguntó ella, interrumpiéndolo.

Debería haber notado que él llevaba sus mejores prendas: un traje de marinero totalmente blanco que combinaba con los zapatos.

–Dice mi madre que una persona siempre debe verse lo mejor posible –replicó él, poniéndose de pie con rapidez.

Ella soltó una risita.

–¿Tu madre era almirante? –miró el libro que se encontraba en el suelo y comenzó a empujarlo con su pie descalzo hasta que logró ver el título, *El regreso de Sherlock Holmes: la aventura de los bailarines*–. ¿Puedes leer? –preguntó.

Truman se cruzó de brazos.

–Por supuesto que puedo leer. Y también puedo escribir. No les agrada a mis maestros porque hago que los otros niños parezcan tontos.

–No puedes hacer que yo parezca tonta –replicó ella, tomando el libro del suelo y analizando la cubierta–. Yo también sé leer, y recién estoy en primero.

Con esas palabras, se dio vuelta y escaló de nuevo el muro.

–¡Ey, mi libro! –se quejó él–. ¡No dije que podías llevártelo!

Nelle se detuvo y lo observó hasta que algo detrás de él atrajo su atención: Sook estaba sacando humo a través de la ventana de la cocina. La miró entrecerrando los ojos, y luego volvió a enfocarse en Truman.

–Oye, la señorita Sook no es tu má; es demasiado vieja pa' eso. Y también conozco a su hermano, Bud, él tampoco es tu pá. ¿Dónde están tus padres?¹

¹ N. de la T.: La forma de hablar de Nelle imita los modismos sureños a fin de mantener el rasgo distintivo del registro del personaje. En el original en inglés el acento sureño y los modos típicos del lugar están expresados a través de la gramática y la grafía.

–Ella es mi prima mayor del lado de mi madre –respondió Truman mirando hacia la casa–. Igual que Bud y Jenny, y también Callie.

–Siempre me pareció raro que ninguno de ellos se casó ni na’ parecido –dijo Nelle, observando a Sook–. Y ahora todavía viven juntos como cuando eran niños, aunque son tan viejos como mi abuelita.

–Eso se debe a la prima Jenny. Es la jefa del hogar; entre dirigir la tienda de sombreros y la casa al mismo tiempo, ella se asegura de que todos sigamos siendo una familia.

–Vaya, ¿por qué vives *tú* aquí? –preguntó.

–Solo me estoy quedando aquí por ahora. Mi papi está de viaje amasando su fortuna. Es un... *em-pren-de-dor*, así lo llama. Yo estaba trabajando con él en los barcos a vapor que viajan por el Mississippi, pero después el capitán me dijo que tenía que marcharme. Así que Sook y ellos me están cuidando ahora.

–¿Por qué te echaron de un barco a vapor?

–Porque... –pensó cuidadosamente qué palabras usar–. Porque estaba ganando demasiado dinero –dijo al fin, toqueteando nervioso el enorme cuello marinero–. Verás, mi papi me llevó a bordo para que fuera el entretenimiento. Yo bailaba mientras ese hombre de color, Satchmo Armstrong, tocaba la trompeta. ¡Las personas me daban tanto dinero, que el capitán se enojó y me dijo que tenía que largarme!

–Estás mintiendo –retrucó Nelle, que parecía escéptica–. A ver, veamos cómo bailas, entonces.

Truman observó el suelo suave de tierra sobre el que estaba de pie.

–Aquí no puedo. Se necesita un piso de madera para bailar tap. Además, no tengo puestos mis zapatos de baile.

Nelle miró con detenimiento su vestimenta.

–¿Y quién te dio esa ropa extraña? –preguntó.

–Mi mamá la compró en Nueva Orleans. Somos de allí.

Ninguno de los niños que conoció en su vida vistió algo parecido.

TRU & NELLE

–Vaya, sí que se visten raro allí en *Nueva Orleaaaaans*. ¿Ahí está tu mamá ahora? –preguntó.

–Tal vez –Truman clavó la mirada en sus pies.

–¿Tal vez? Bueno, pero por todos los cielos, entonces, ¿por qué no te quedas con ella?

Truman se encogió de hombros. No quería hablar de ese tema.

–Como quieras –dijo Nelle–. ¿Cómo era tu nombre?

–Truman. ¿El tuyo?

–Soy Nelle. Nelle es Ellen al revés. Ese es el nombre de mi abuelita. ¿Tienes un segundo nombre?

–Puede ser –Truman se sonrojó–. ¿Cuál es el tuyo?

–Harper. ¿El tuyo?

El rostro de Truman se volvió aún más rojo.

–Eh... Streckfus –respondió, avergonzado.

Nelle parecía desconcertada, así que Truman le explicó.

–Mi papi me llamó así por la empresa para la que trabajaba: la compañía de barcos a vapor Streckfus.

Nelle contuvo la risa.

–De acuerdo, supongo que no estabas bromeando sobre ese barco –iba a decir algo más, pero cambió de opinión–. Bueno, nos vemos –y saltó del muro para aterrizar del otro lado.

–¡Ey! ¿Y mi libro? –le gritó él a su espalda.

Ella ya estaba corriendo de regreso a su casa.

–¡Lo tendrás cuando lo haya terminado, *Streckfus!*

* * *

Cuando Truman regresó a su casa le contó a la vieja Sook sobre el extraño encuentro con Nelle. Ella solo negó con la cabeza.

–Pobre niña. Su papi trabaja todo el tiempo y su mamá... bueno, está un poco mal de la cabeza.

–¿Qué quieres decir? –preguntó él.

Sook miró hacia la casa de Nelle mientras pasaba los dedos a través de su delgado cabello gris. Era pequeña y delgada, pero llena de vida... y de opiniones.

–A veces, su mamá se comporta de manera muy extraña: camina por la calle diciéndoles cosas rarísimas a las personas. Algunas noches, toca el piano en el porche *a las dos de la mañana*, y despierta a todo el vecindario. Algunos dicen que lo hace para bloquear las voces en su cabeza.

–¿No puede beber un poco de tu medicina secreta para eso?

Ella negó con la cabeza.

–Algunas cosas no pueden curarse, ni siquiera con mi poción especial –Sook se inclinó a la altura de Truman y le susurró al oído–: A veces su mamá se olvida de hacer la cena, ¡y el pobre señor Lee y sus hijos terminan cenando sandía!

¡Con razón Nelle se comportaba de manera extraña!

Esa noche, Truman revisó su colección de libros y seleccionó uno especialmente para ella: una aventura de los “Rover boys” llamada *El misterio del submarino perdido*.

Este le gustará, pensó. Lo dejó sobre el muro de piedra.

Cuando despertó a la mañana siguiente, el libro había desaparecido.



2

EL PRÍNCIPE Y EL MENDIGO

ERA UNA MAÑANA LENTA EN EL DIMINUTO PUEBLO de Monroeville, Alabama, y eso era mucho decir. Había pasado un día entero y Truman no había visto a Nelle ni había oído hablar de ella. Se sentó en el porche obedientemente a observar la casa de Nelle, que tenía una decoración elaborada y una veleta oxidada. Los robles que rodeaban la casa estaban encorvados, cubiertos de musgo que se había secado debido al calor. Lo único que parecía ofrecer algún tipo de emoción eran dos caballos viejos que estaban remolcando un automóvil destartado.

Las únicas personas bajo el sol eran trabajadores de piel oscura que estaban cortando el césped o barriendo las calles con sus escobas. Ocasionalmente, se escuchaba el sonido de los martillos de los herreros en los callejones, y luego, todo volvía a ser silencioso.

Truman se aburrió de esperarla y comenzó a caminar sin rumbo por las calles de tierra roja que atravesaban los campos de algodón circundantes y los terrenos de pastoreo; luego, dio un paseo junto al arroyo, observando a los buitres que volaban en círculos en el cielo. Después de pasar un tiempo oliendo las fragantes akebias e intentando convencer a los ruiseñores de copiar su llamado, regresó a casa.

Cuando la tarde llegó, Truman estaba nuevamente sentado bajo la sombra de su porche, abanicándose en el calor abrumador. Se quedó dormido, rodeado por el aroma de las primulas y la azalea que inundaba el jardín. Despertó cuando escuchó el grito agudo del silbato del aserradero. Se despezó como si fuera un gato holgazán, y recién en ese momento notó que los dos libros que le había prestado a Nelle estaban apoyados sobre la mesa auxiliar. Se irguió con rapidez, buscándola con la mirada, pero no había nadie a la vista. Cuando tomó los libros, descubrió un diminuto diccionario de bolsillo debajo de ellos. Sobre su cubierta roja decía: *El nuevo diccionario Webster. Completo y de bolsillo, con 45.800 palabras*. Abrió el libro.

Dentro, en la página del título, estaba escrito a mano:

Para Nelle:

El poder de las palabras puede causar guerras o crear la paz. Utiliza las tuyas con cuidado.

A. C.

Pero *Nelle* estaba tachado y, en cambio, en lápiz y con letra infantil, alguien había escrito *Bulldog*.

* * *

Al día siguiente, Truman estaba de nuevo en su porche mientras Sook le servía té dulce y pastel. Vestía un traje pequeño y una corbata, y su escaso cabello rubio estaba apretado cuidadosamente sobre su frente. Ella lucía su habitual vestido de algodón a cuadros y un delantal blanco.

Sook había sido su única compañera desde que había llegado a Monroeville. A decir verdad, todos en Monroeville tenían el horario de los granjeros: se despertaban al alba y se dormían a las ocho de la noche; excepto Truman y Sook. Mientras que el resto de los primos iba

a trabajar durante la semana, los dos extraños de la familia se quedaban en casa, acompañados a veces por su cocinera de medio tiempo, una mujer negra llamada Pizca.

Todos trataban a Truman como si fuera un delicado príncipe de sangre azul. Nadie podía imaginárselo jalando de una mula o cortando algodón bajo el sol sofocante, así que hacían lo mismo que con Sook: solo lo dejaban ser.

Su trabajo y el de Sook era alimentar a las gallinas o recolectar las uvas moscatel que crecían sobre la valla hecha de huesos de animales que la prima Jenny había construido detrás de la casa. A veces, caminaban por el bosque en busca de algunas hierbas para las pociones especiales de Sook.

Los domingos, pasaban el tiempo construyendo cometas y decorándolos con fotografías que recortaban de revistas viejas. En el intermedio, holgazaneaban en el porche, donde Sook le contaba historias o le leía las más graciosas historietas en voz alta o, en general, simplemente lo malcriaba.

Sook le estaba leyendo *Annie, la huerfanita* cuando levantó la vista, y sonrió.

–Vaya, hola, señorita Nelle. ¿Viene a tomar el té?

Nelle estaba cubierta de pies a cabeza de tierra y llevaba puesto un overol roto. Tenía los ojos fijos en la vestimenta planchada e impecable de Truman.

–No creo que esté vestida pa’ eso, señorita Sook –respondió con tranquilidad.

–Ah, tonterías, señorita Nelle. No hay necesidad de impresionarnos a nosotros. La señorita Jenny suele vestir a Tru así de elegante, pero por dentro él no es sofisticado. Le gusta comer galletas calientes con grasa de tocino y jalea tanto como al resto de nosotros –escuchó cómo a Nelle le hacía ruido el estómago–. Estoy segura de que te gustan los pasteles, cariño. ¿Quieres un poco? –Sook alzó los dulces para que ella los viera.

–Bueno... tal vez –a Nelle prácticamente se le hizo agua la boca–. Solo un par, señorita –subió al porche y se dio cuenta de que tenía los pies sucios–. Puedo sentarme en los escalones, gracias, señorita.

Tomó asiento y comió el pastel mientras Sook continuó leyendo la historieta en voz alta. Truman observó a Nelle devorar toda la porción en tres bocados gigantes. Cuando terminó, se puso de pie como si estuviera a punto de marcharse. Pero luego, solo permaneció en el lugar.

–¿Cómo está tu mamá? –preguntó Sook, intentando conversar.

Nelle frunció el ceño y clavó la vista en el suelo.

–Está fuera por un tiempo, en el Golfo, haciéndose un tratamiento, señorita Sook. Papi dice que estará como nueva cuando le permitan salir.

–¿Salir de dónde? –preguntó Truman.

Sook le lanzó una mirada que le advertía que no debía hablar más.

–Qué bueno, cariño. Incluso yo necesito un descanso cada tanto, si no también me volvería loca... –de pronto, el rostro de Sook se puso de un rojo intenso–. Ah, miren, nos quedamos sin pastel. Iré a buscar más –se disculpó, y le susurró a Truman en el oído–: Sé amable.

Él estaba sentado a solas con Nelle, sin estar seguro de qué decir. Podía sentir en su saco el peso del diccionario de bolsillo que ella le había dado. Tal vez podrían jugar a un juego de palabras, dado que él había pasado toda la mañana memorizando términos interesantes. Pero luego se le ocurrió una mejor idea.

–¿Te gustaría leer otro libro?

Los ojos de Nelle se iluminaron.



3

LA ISLA DE LOS INADAPTADOS

TRUMAN GUIO A NELLE A TRAVÉS DEL ENORME caserón, decorado con una gran variedad de adornos que su prima mayor Jenny había coleccionado a lo largo de los años: rosas de papel antiguas, objetos delicados de todas las formas y tamaños, gabinetes de vidrio llenos de porcelana fina y platería de todo el mundo.

Atravesaron la sala principal, pasando entre dos columnas majestuosas que se alzaban hacia el alto techo. En el comedor, encontraron a la mismísima prima Jenny hojeando las páginas de sus libros contables. A pesar de tener más de cincuenta años, todavía era bonita: tenía la piel blanca como la leche y el cabello rojizo recogido en un rodete.

Los ojos azul hielo de Jenny los observaban por encima de sus lentes de lectura.

–Buenos días, señorita Nelle. ¿Cómo está su madre?

–Se supone que no tenemos que hablar de eso, prima Jenny, teniendo en cuenta que ella está... ya sabes, loca –susurró Truman, quizá demasiado fuerte.

Jenny frunció el ceño.

–Tendrás que perdonar a nuestro Truman, querida. Para ser un niño tan inteligente, a veces puede ser bastante... grosero.

–Está bien, señorita Jenny –respondió Nelle, contemplando el entorno–. Truman solo iba a prestarme un libro nuevo, señorita.

Jenny sonrió.

–De acuerdo, querida –en ese momento, notó lo sucia que estaba Nelle. Suspiró y se enfocó de nuevo en sus libros contables–. Bueno, no querrán leer *estos* libros, se los aseguro. Pero mantienen nuestras finanzas en orden para que pueda pagar las cuentas y así tener mi tienda de sombreros abierta y esta casa a flote.

Truman llevó a Nelle al pasillo, el cual estaba revestido, del suelo al techo, de volúmenes encuadernados de cuero de todos los colores. Nelle estaba atónita. Jamás había visto tantos.

–Esos no, tontita –dijo Truman–. Esos son libros aburridos para adultos. Tengo los mejores en mi habitación.

–Psst, Tru.

Era el viejo primo Bud, que asomaba la cabeza a través de la puerta de su habitación. Tenía la cabeza cubierta de cabello blanco como la nieve y los dientes amarillos a causa de todo el tabaco que fumaba.

–¿Jugamos con los naipes, amiguito?

–Ahora no, primo Bud, tengo un invitado.

Bud vio a Nelle y asintió.

–Buenas, señorita Nelle. ¿Cómo está su...?

Truman lo interrumpió.

–Vendré más tarde y tal vez podamos jugar a “Ve a pescar”, ¿está bien?

Bud le guiñó un ojo.

–Claro que sí, amiguito –cerró la puerta de su habitación llena de humo. Nelle arrugó la nariz.

–Ese tabaco huele raro.

–Es medicinal... para su asma. Vamos.

La guio a través del pasillo hasta su habitación. Pero justo cuando estaba a punto de abrir la puerta de su cuarto, la puerta que estaba frente a la suya se abrió de par en par y la prima Callie apareció. Callie era

una maestra estricta, que tenía cabello negro como el carbón y unos pequeños ojos grises.

–¿Qué crees que estás haciendo, jovencito? –dijo ella, observándolo–. ¿Has terminado con tu tarea?

Truman se cruzó de brazos y permaneció firme.

–No, señora. Porque es *verano*. ¡Y tú no eres mi madre!

–Pequeño impertinente; yo dije que ibas a traer problemas en cuanto pusiste un pie en esta casa –vociferó–. ¡Si tuvieras una madre a la que le importaras, no necesitarías que *nosotros* te cuidásemos! Lo que necesitas es un buen golpe con el palo en tu trasero.

–¡Si me tocas, Jenny usará ese palo contigo! –respondió Truman riendo.

Callie dio un grito ahogado; Nelle carraspeó. No había notado la presencia de la niña.

–Señorita Nelle –no le causó una buena impresión su apariencia sucia, y no dudó en expresarlo–. Tengo alumnos que poseen tanta tierra en sus orejas que podrían cultivar maíz en ellas. Pero ellos trabajan en las granjas. ¿Cuál es su excusa?

–No le hagas caso, Nelle. Solo está aburridísima porque no tiene ningún alumno al que darle órdenes durante el verano –dijo–. Pero, si deseas saberlo, prima Callie, ¡estamos dirigiéndonos a mi habitación para buscar libros!

Truman arrastró con rapidez a Nelle dentro de su dormitorio antes de que Callie pudiera responderle. Discutir con ella era en vano.

Cerró la puerta luego de entrar.

–¡Al fin! –soltó–. *Aquí* es donde duermo.

Nelle miró alrededor y se sintió atraída de inmediato hacia una estantería pequeña llena de libros infantiles de todo tipo.

–Vaya –dijo, impresionada–. ¿Quién necesita una biblioteca cuando tienes todos estos? –inclinó la cabeza hacia un lado para poder ver todos los títulos–. ¿Qué debería leer ahora? –preguntó Nelle.

–Bueno, ¿cuáles te gustan? ¿De aventura? ¿Fantasía? –analizó su estado de ánimo–. Espera. Sé exactamente cuál es el indicado...

Caminó hasta la cama, extendió la mano debajo de su almohada y extrajo un pequeño libro verde.

–Acabo de terminar este. Sherlock Holmes, *El hombre que trepaba* –dijo, entregándoselo.

Nelle observó la silueta del detective fumando una pipa que estaba en la cubierta.

–¿Watson también aparece en este?

–¡Por supuesto! Son un equipo. Todos saben que cuando hay que resolver un crimen, dos cabezas piensan mejor que una.

Nelle se encogió de hombros y guardó el libro con cuidado en el bolsillo delantero de su overol. En ese momento, notó que había otra cama junto a la de Truman.

–En realidad, esta es la habitación de Sook –explicó él–. Solo me pusieron aquí hasta que regrese a casa con mis padres. Le hago compañía, pobrecita.

Nelle asintió.

–Yo tengo que compartir la habitación con mis hermanas más grandes, Osa y Weezie.

–¿Tu hermana es una osa? –preguntó él.

–No, tonto, solo la llamamos así. Tiene quince años más que yo y es tan grande como un oso.

–Desearía tener hermanas de las que quejarme –dijo él.

–No, no es cierto, te sacaste la lotería; dormir con tu mejor amiga y tener libros junto a la cama... Eso es como... el paraíso.

Miró con ojos soñadores la estantería, deslizando un dedo sobre los títulos: *Tom Swift y su casa rodante*; *Hardy Boys: El secreto del viejo molino*; *Nancy Drew y la escalera oculta*.

–A veces, desearía que mis hermanas desaparecieran y me dejaran en paz –suspiró Nelle.

–¿De verdad piensas eso? –preguntó Truman.

Ella permaneció en silencio.

–Siempre están bromeando, diciendo que mamá me encontró debajo de una piedra y que no pertenezco de verdad a la familia, debido a que ellas son mucho más grandes que yo. Le pregunté a papi sobre el tema y respondió que no era cierto.

–Tienes suerte de tener un papi que está de tu lado... –dijo él, aunque Nelle en realidad no lo escuchó.

Ella miraba su casa por la ventana.

–La semana pasada, cuando tres niños se burlaban de mí mientras jugábamos a las canicas, no pude soportarlo más, así que no tuve otra opción que hacerlos llorar.

–¿Cómo hiciste eso? –preguntó Truman.

–Restregué sus caras contra la tierra. ¿Y sabes qué hicieron mis hermanas? ¡Se pusieron del lado de los *niños*! ¿Puedes superar eso?

Truman sabía lo que era no sentirse querido.

–¿Esa es tu habitación? ¿La ventana cerca de la esquina?

Ella asintió.

–Bueno, te diré algo. Si tus hermanas vuelven a ponerse en tu contra, solo hazme una señal y yo subiré a la ventana a escondidas, ¡y les daré el susto de sus vidas! –Truman rio con placer.

Nelle soltó una risita. Había algo en ese niño extraño que le agradaba.

–Gracias, Tru.